

símil. Añadian que el niño era muy hermoso. El rey Jacobo acabó con estas historias sin fundamento, declarando un día que lord David Dirry-Moir era hijo único y definitivo heredero, á falta de hijos legítimos, y que hacia constar su padre natural, lord Lineus Clancharlie, la ausencia de otra filiación y descendencia; cuyas patentes se registraron en la Cámara de los Lores. Por estas patentes el rey hacia sustituir á lord David en los títulos, derechos y prerogativas al difunto lord Lineus Clancharlie, con la sola condicion de que lord David habia de casarse, cuando fuese núbil, con una jóven, que entonces era aun una niña de pocos meses, á la cual el rey hizo duquesa en la cuna, ya se sabe por qué. Se llamaba esta niña la duquesa Josiana.

La moda inglesa estaba entonces por los nombres españoles. Uno de los bastardos de Carlos II se llamaba Carlos y era conde de Plymouth; es probable que el nombre Josiana fuese compuesto de Josefa y de Ana. Sin embargo, quizás hubiera Josianas como habia Josías; uno de los gentiles-hombres de Enrique III se llamaba Josías du Passage.

A dicha duquesita dió, pues, el rey la pairía de Clancharlie, esperando que hubiese par, y el par habia de ser su marido. Constituian esta pairía la baronía de Clancharlie y la baronía de Hunkerville; además, en recompensa de un antiguo hecho de armas y por permiso real, los lores de Clancharlie eran marqueses de Corleone, en Sicilia. Los pares de Inglaterra no pueden usar títulos extranjeros; sin embargo, hay excepciones de esta regla: Enrique Arundel, baron Arundel de Wardour, era, como lord Clifford, conde del Santo-Imperio, del que lord Cowper era príncipe; el duque de Hamilton es en Francia duque de Castellerault; Basil Feilding, conde de Deubigh, es en Alemania conde de Hapsbourg, de Lanfenbourg y de Rheinfelden. El duque de Marlborough era príncipe de Mindelheim, en Sonabe, lo mismo que el duque de Wellington era príncipe de Waterlloo, en Bélgica; este mismo lord Wellington era duque español de Ciudad-Rodrigo y conde portugués de Vimeira.

Existian en Inglaterra y existen aun tierras nobles y tierras plebeyas. Las de los lores Clancharlie todas eran nobles y todas ellas pertenecian provisionalmente á lady Josiana, declarando el rey que cuando ésta se casase con lord David Dirrey-Moir, éste fuese baron Clancharlie. Además de la herencia Clancharlie,

poseia lady Josiana su fortuna personal, que consistia en muchos bienes, cuya mayor parte procedian de donativos de *Madama sin cola* al duque de York; así llamaban á Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans, que era la primera dama de Francia, despues de la reina.

—

Lord David, despues de prosperar en los reinados de Carlos y de Jacobo, siguió prosperando tambien en el de Guillermo; su jacobismo no le llevó al extremo de seguir en el destierro á Jacobo II. Siguió queriendo á su rey legítimo, pero tuvo el buen sentido de servir al usurpador. Además, aunque algo insubordinado, era excelente oficial, y pasó del ejército de tierra al ejército del mar, distinguiéndose en la escuadra blanca. Allí llegó á ser lo que se llamaba entonces "capitan de fragata ligera". Esto contribuyó á que fuese un hombre muy galante, llevando extraordinaria elegancia á sus vicios; algo poeta, como todo el mundo; buen servidor del Estado, buen criado del príncipe, aficionado á fiestas, á galas, á ceremonias y á batallas; servil cuando era preciso, pero cuando no, altivo, poniendo la vista baja ó penetrante segun lo que tenia que mirar; voluntariamente probo, obsequioso y arrogante cuando se ofrecia la ocasion, observador discreto del buen ó del mal humor real, indiferente ante la punta de una espada, siempre dispuesto á arriesgar la vida con heroismo á una simple señal de su majestad, capaz de todas las locuras, pero de ninguna descortesía; hombre de mundo y de etiqueta, orgulloso de estar de rodillas en las grandes ocasiones monárquicas, alegre, cortesano y paladin á la edad de cuarenta y cinco años.

Lord David cantaba canciones francesas, que complacian á Carlos II. Le gustaba la elocuencia y el buen lenguaje, y era apasionado de las oraciones fúnebres de Bossuet.

Por parte de su madre tenia casi lo suficiente para vivir, cerca de diez mil libras esterlinas de renta, esto es, doscientos cincuenta mil francos, pero derrochaba y contraia deudas. Era incomparable en magnificencia, extravagancia y novedad; en cuanto le copiaban, cambiaba de moda. Llevaba sombreros como nadie los gastaba, encajes desconocidos y valonas sorprendentes.

—

III.

La duquesa Josiana.

—

En 1705, cuando lady Josiana tenia ya veintitres años y lord David cuarenta y cuatro, todavía no se habia realizado su matrimonio, y esto por los mayores motivos. Se odiaban? Nada de eso. Pero lo que tenemos seguro no nos dá prisa. Josiana deseaba permanecer libre y David queria permanecer jóven, y no contraer ningun vínculo le parecia que le prolongaba la juventud. Los jóvenes que se conservaban bien hasta edad avanzada, abundaban en esas épocas galantes; encanecian tarde los pisa-verdes; la peluca era su cómplice y luego los polvos fueron sus auxiliares.

A los cincuenta años, lord Carlos Gerrard, baron Gerrard de Bromley, ocupaba á todo Lóndres con la fama de sus conquistas. La jóven y hermosa duquesa de Buckingham, condesa de Coventry, estaba loca de amor por el lindo Thomas Bellasyse, vizconde de Falcomberg. Son conocidos los versos del famoso Corneille, siendo septuagenario, dirigidos á una mujer de veinte años: *Marquise, si mon visage... etc. etc.*

Josiana y David se galanteaban de un modo particular: no se amaban, pero se gustaban mutuamente. Costearse les bastaba; ¿por qué habian de llegar al puerto y concluir pronto de navegar? Las novelas de entonces mantenian á los enamorados en esa situacion, que era de buen tono. Josiana sabia que era bastarda, pero tambien que era princesa, y no tenia prisa de que la sujetasen los lazos matrimoniales; pero le gustaba lord David porque, además de ser hermoso, era elegante.

Ser elegante es lo principal; si lord David era un Narciso, tanto mejor; el hombre guapo tiene el inconveniente de ser fátuo, pero él no lo era. Hacia apuestas, era boxador y contraia deudas; á Josiana le gustaban sus caballos, sus perros y hasta sus queridas; lord David sufría la fascinacion de la duquesa Josiana, jóven sin tacha, pero sin escrúpulos, altiva, inaccesible y atrevida; la dedicaba sonetos que ella leia algunas veces; en los sonetos juraba que poseer á Josiana seria subir al cielo, lo que no impedia prolongar siempre esta ascension hasta el año próximo. Hacia antecala á la puerta del corazon de Josiana,

y esto les convenia á los dos. En la corte se admiraba el supremo buen gusto de este aplazamiento. Lady Josiana decia: Es lástima que se me obligue á casarme con lord David, á mí que quisiera enamorarme de él.

Josiana era pura materia, pero magnífica; era alta y robusta, fresca, de buen color, de cabellera rubia; poseia audacia y talento. Sus ojos eran inteligentes; ni era amante ni casta, pero se amurallaba en su orgullo; los hombres no la merecian; eran dignos de ella un dios ó un monstruo. Si la virtud consiste en ser inaccesible, Josiana lo era, pero sin inocencia. Si no acometia aventuras, era porque las desdeñaba, pero no se incomodaba de que se las supusiesen, con tal de que fuesen extrañas y sorprendentes. Le importaba poco la reputacion y mucho la gloria. Parecer fácil y ser imposible es lo que ella queria. Josiana era á la par majestad y materia. Era una belleza dominadora, y más que fascinaba, usurpaba. Se apoderaba de los corazones. Se hubiera asombrado tanto de que le hiciesen ver que tenia alma dentro del pecho, como de hacerla ver alas en su espalda. Disertaba sobre Locke. Hasta se sospechaba que sabia el árabe.

Ser carne y ser mujer son dos cosas distintas: por la parte que la mujer es vulnerable, por la parte de la compasion, por ejemplo, que se convierte en amor con facilidad, Josiana no lo era. No porque fuese insensible. La antigua comparacion de la carne con el mármol es absolutamente falsa; la belleza de la carne consiste en no ser mármol, en palpar, en temblar, en ruborizarse, en sangrarse, en ser firme sin ser dura, en ser blanca sin ser fria, en tener extremecimientos y fragilidades, en ser la vida, cuando el mármol es la muerte. La carne, cuando llega á cierto grado de belleza, casi adquiere el derecho de desnudez, pues como un velo la cubre el deslumbramiento; el que viese desnuda á Josiana, solo hubiera apercebido semejante modelo al través de una dilatacion luminosa. Voluntariamente se hubiera presentado así ante un sátiro ó un eunuco, porque era dueña del aplomo mitológico. Hacer que fuese su belleza un suplicio, emular un Tántalo, la hubiera divertido. El rey la hizo duquesa, pero Júpiter la hizo nereida; de esa doble irradiacion se componia la extraña claridad de esa criatura. El que la admiraba se volvia pagano ó lacayo. Tenia origen en la bastardía y en el Océa-

no; parecía haber salido de la espuma. Hacia abajo fué el primer salto de su destino, pero en el centro real; tenía algo de la ola, de la casualidad, de la señoría y de la tempestad; era letrada y sabia. Ninguna pasión la hizo mella y las había sondeado todas. Le producían disgusto las realizaciones y gusto también. Si hubiera tenido que darse una puñalada, como Lucrecia, se la hubiera dado despues. En el estado de visiones se presentaban á esa virgen todas las corrupciones; era una Astarté posible en una Diana real. Por la insolencia de su alto nacimiento era provocativa é inabordable; sin embargo, podría encontrar divertido proporcionarse ella misma una caída. Habitaba una gloria en un nimbo, con la veleidad de poder descender de ella, y quizás con la curiosidad de caer de allí, pesaba demasiado para sostenerse en las nubes. El obrar sin cuidarse de los demás, dá el privilegio de probarlo todo, y á una duquesa divierte lo que perdería á una mujer del pueblo. Josiana era, por el nacimiento, por la belleza, por la ironía y por la luz, casi una reina. Tuvo un momento de entusiasmo por Luis de Bonffers, que rompía á caballo un hierro con los dedos. Sentía que Hércules hubiera muerto. Esperaba no sé qué ideal lascivo y supremo.

En la parte moral, Josiana hacía recordar el verso de la epístola á los Pisones: *Desinit in piscem*. Un hermoso torso de mujer que termina en hidra.

Tenia Josiana un noble pecho, un seno espléndido, armoniosamente agitado por corazón real; clara y viva mirada, figura pura y altiva y ¡quién sabe! quizás bajo del agua un prolongamiento ondeante, sobrenatural, quizás draconiano y deforme. Virtud soberbia, que termina en vicios en la profundidad de la fantasía.

II.

Josiana era, tal como la hemos descrito, una mujer preciosa, según la moda de entonces. Acordaos de Elisabet.

Elisabet es un tipo que en Inglaterra ha dominado tres siglos, el diez y seis, el diez y siete y el diez y ocho. Elisabet, más que inglesa era anglicana, y de aquí provino el respeto profundo de la Iglesia episcopal hacia aquella reina, respeto que hizo resentirse á la Iglesia católica, y que hizo conminar con alguna excomunión. En los labios de Sixto V, anatematizando á Elisabet, la maldición se convierte en madrigal. *Un gran*

cervello di principessa, dijo. María Stuart, que se ocupaba menos de la cuestión Iglesia y más de la cuestión mujer, era poco respetuosa para su hermana Elisabet, y de reina á reina, de coqueta á gazmoña, la escribía así: "Tu alejamiento del matrimonio dimana de que no quieres perder la libertad de que te hagan el amor.", María Stuart jugaba con el abanico y Elisabet con el hacha. Partida desigual. Por otra parte, las dos rivalizaban en literatura; Elisabet traducía á Horacio, María Stuart escribía versos en francés. Elisabet era fea y decretaba que era hermosa; le gustaban los *quatrains* y los acrósticos, hacia que cupidos le presentasen á los jefes de las ciudades, se mordía el labio á la italiana y rodaba las pupilas á la española; tenía en su guardarropa tres mil vestidos y tocados, entre los que había trajes de Minerva y de Anfitrite; le gustaban los irlandeses porque eran anchos de hombros; tenía afecto á las rosas; juraba, consagraba, pateaba, daba puñetazos á sus damas de honor, enviaba al infierno á Dudley, le pegaba al canceller Durlough, escupía á Mathew, agarraba por el cuello á Hatton, abofeteaba á Essex, enseñaba la pierna á Bassompierre y era virgen.

Lo que hacía por Bassompierre, la reina Saba lo había hecho por Salomón; luego era correcto, habiendo un precedente de este caso en la Sagrada Escritura. Lo que es bíblico puede ser anglicano; el precedente bíblico llega hasta hacer que nazca un hijo que se llama Ebnehaquem ó Melilechet, que quiere decir: *el hijo del sabio*. Por qué afean esas costumbres? El cinismo equivale á la hipocresía.

En la actualidad la Inglaterra, que tiene un Loyola llamado Wesley, baja los ojos por no ver el pasado; está contrariada, pero altiva.

En aquellas costumbres existía el gusto por lo deforme, particularmente en las mujeres, y sobre todo en las hermosas. ¿Cómo ser bellas sin tener un hombre ridículo? ¿de qué sirve ser reina si no se tutea á algún bufon? María Stuart fué bondadosa con el sueco Rizzio. María Teresa de España había sido muy familiar con un negro, por lo que la llamaban la *abadesa negra*. En las alcobas del gran siglo la joroba era bien recibida; testigo de ello fué el mariscal de Luxembourg, y antes de Luxembourg, Conde, "el hermoso pequeño."

Las mismas beldades podían ser contrahechas sin perjuicio suyo, porque así

se las aceptaba mejor. Ana Bolena tenía un pecho más grueso que otro, seis dedos en una mano y sobrediente. La Valliere era cojitranca, y esto no impidió que Enrique VIII fuese un insensato y Luis XIV un enamorado.

En la parte moral había las mismas desviaciones; apenas había una mujer de alta gerarquía que no ofreciese un caso teratológico.

Además, las hermosas damas sabían latin; desde el siglo diez y seis eso constituía una gracia femenina. Juana Grey llevó su elegancia hasta el extremo de poseer el hebreo. La duquesa Josiana latinizaba, pero de la mejor manera, porque era católica, y, digámoslo en secreto, más como su tío Carlos II que como su padre Jacobo II. Jacobo, que por su catolicismo perdió la corona, y Josiana no quería por él perder su pairía; así es que era católica en la intimidad, pero protestante para todo el mundo. Es agradable esta manera de entender la religión: se goza de todos los bienes que dependen de la Iglesia oficial episcopal y más tarde se muere, como Grotius, en olor de catolicismo, y se consigue la gloria de que el padre Petan diga una misa por vuestra alma.

Aunque gruesa y con buen color, Josiana era una elegante perfecta. Había momentos en que, por su manera adormecida y voluptuosa de arrastrar las frases, imitaba al modo de alargar las patas de una tigre que anda sobre las uñas. La utilidad de ser mujer á la moda consiste en hacer salir de su esfera al género humano.

Ante todo, lo importante es poner á cierta distancia á la especie humana. Cuando no se posee un Olimpo, se toma el palacio de Rambouillet. Juno se convierte en Araminta. La pretensión de divinidad no admitida crea modales ridículos; á falta de rayos se sueltan impertinencias, el templo se convierte en *boudoir*, y la que no puede ser diosa se conforma en ser ídolo.

Hay en los hombres á la moda cierta pedantería que complace á las mujeres; la coqueta y el pedante están muy cerca el uno del otro, y se juntan invisiblemente para formar el fátuo.

Lo sutil se deriva de lo sensual; la gala afecta delicadeza. El gesto del disgusto sienta bien á la concupiscencia. La mujer encuentra defendida su parte débil por la casuística de la galantería, que hace las veces de los escrúpulos en las damas elegantes: es como una

circunvalación que tiene foso; ellas afectan que las repugna y esto las protege. Consentirán quizás, pero primero desprecian y esperan.

Josiana poseía un foro interno inquieto. Sentía tal inclinación al impudor, que se hacía impertinente y necia: los retrocesos en dignidad en sentido inverso de nuestros vicios, nos conducen á los vicios contrarios; el exceso de esfuerzo que hace la mujer para ser casta la convierte en gazmoña. Estar demasiado segura de defenderse indica secreto deseo de ser atacada.

Josiana se encerraba en la excepción arrogante de su rango y de su nacimiento, premeditando quizás, como ya dijimos, alguna brusca salida de su situación.

Empezaba entonces á rayar la aurora del siglo diez y ocho. La Inglaterra bosquejaba lo que había sido la Francia durante la regencia. Walpole y Dubois se daban la mano. Marlborough se batía contra su ex-rey Jacobo II, al que había vendido, según se decía, su hermana Churchill. Empezaba á brillar Bolingbroke y á apagarse Richelieu. La galantería encontraba cómodo la mezcla de las clases; ésta se verificaba por medio de los vicios, y más tarde debía verificarse por medio de las ideas. El encanallamiento, preludio aristocrático, empezaba lo que la revolución tenía que concluir. No iba á tardar en verse á Jelyotte públicamente sentado al medio día en el lecho de la marquesa de Epinay; verdad es, porque las costumbres tienen eco, que ya en el siglo diez y seis se vió el gorro de dormir de Smeton sobre la almohada de Ana Bolena.

Si mujer significa falta, como no recuerdo qué Concilio lo afirma, nunca la mujer fué tan grande como en la época de esta historia. Nunca, cubriendo con sus encantos su fragilidad y su debilidad con su omnipotencia, se hizo absolver tan imperiosamente. Convertir el fruto prohibido en fruto permitido, hizo caer á Eva; pero hacer del fruto permitido fruto prohibido, fué el triunfo de las mujeres de dichos tiempos. En el siglo diez y ocho la mujer pasa el cerrojo para que no entre el marido y se encierra con Satán en el edén. Adán se queda fuera.

III.

Los instintos de Josiana la inclinaban, más que á entregarse legalmente, á entregarse por capricho, porque esto es algo literario y recuerda á Menalco y á

Amarilis, y es casi una acción docta. Mademoiselle de Scudery no tuvo otro motivo para ceder á Pelisson que el atractivo extraordinario de su fealdad.

Las antiguas costumbres inglesas hacían á la doncella soberana y á la mujer casada vasalla, y Josiana difería todo lo que podía el día de su sujeción. Era sin duda necesario casarse con lord David, porque así lo quería la exigencia real, pero era una lástima! Josiana admitía y despedía á lord David. Existía un acorde tácito entre los dos para no romper, pero se esquivaban. Este modo de quererse dando un paso hácia adelante y dos hácia atrás, lo retratan los bailes de aquella época, el minuet y la gavotta. Ser casados desfavorece el rostro, chafa las cintas que se llevan y hace envejecer. Los esponsales son una solución de desoladora claridad. Entregar la mujer por la mano de un notario, ¡qué necedad! La brutalidad del matrimonio crea situaciones definitivas, suprime la voluntad, mata la elección, tiene su sintaxis como la gramática, reemplaza la inspiración con la ortografía, convierte el amor en un dictado, acaba con todo lo misterioso de la vida, impone la transparencia á las funciones periódicas y fatales, dá derechos disminuyentes para el que los ejerce como para el que los sufre, desarregla por la inclinación de la balanza hácia un lado el admirable equilibrio del sexo robusto con el sexo poderoso, el de la fuerza y el de la belleza, y hace un señor y una esclava, mientras que fuera del matrimonio hay un esclavo y una reina. Hacer prosaico el lecho hasta el extremo de convertirle en decente, ¿concíbese algo más grosero?; y que sea mal visto querer-se en él, hay algo más estúpido?

Lord David tocaba ya en la edad madura con sus cuarenta años cumplidos con exceso, pero él no lo quería conocer. De hecho tenía siempre treinta y tres años, y encontraba más divertido desear á Josiana que poseerla, pues ya tenía otras mujeres; Josiana, por su parte, poseía sueños, pero los sueños eran peores. La duquesa Josiana tenía la particularidad, menos rara de lo que se cree, de que uno de sus ojos era azul y el otro negro. Sus pupilas las formaron el amor y el odio, la felicidad y la desgracia; el día y la noche se confundían en sus miradas.

Su ambición se concretaba á que la creyeran capaz de lo imposible. Un día dijo á Swift:

—Los hombres creéis que existe vuestro desprecio.

Era papista por el exterior; solo poseía de catolicismo la cantidad necesaria que exigía la moda; gastaba vestidos de terciopelo, de satin ó de moiré, algunos de quince y diez y seis anas, con adornos de oro y de plata, y alrededor de la cintura muchos nudos de perlas alternadas con piedras preciosas; abusaba del galoneado. Montaba á caballo en silla de hombre, á pesar de la invención de las sillas de mujer, introducida en Inglaterra en el siglo catorce por Ana, esposa de Ricardo II. Se lavaba el rostro, los brazos, los hombros y la garganta con azúcar candi, desleído con el blanco del huevo, según la moda de Castilla. Cuando se hablaba espiritualmente con ella, la quedaba una risa de reflexión, de gracia singular.

IV.

Magister elegantiarum.

Josiana se fastidiaba, como fácilmente se puede comprender.

Lord David Dirrey-Moir disfrutaba de situación magistral en la vida gozosa de Londres. *Nobility* (1) y *gentry* (2) le veneraban.

Una de las glorias de lord David fué la de atreverse á llevar su propio cabello. Empezaba la reacción contra la peluca. Así como en 1824 Eugenio Devéria fué el primero que se dejó crecer la barba, en 1702 Price Devereux fué el primero que se atrevió en público, bajo el disimulo de pintoresco rizado, á salir con su cabello natural. Arriesgar el cabello es casi arriesgar la cabeza. Excitó la indignación universal, á pesar de ser Price Devereux vizconde Hereford y par de Inglaterra; le insultaron, y verdaderamente había motivo.

En lo más recio de la silba apareció de repente lord David, también con su propio cabello, sin peluca. Esos acontecimientos anuncian el fin de las sociedades. Lord David sufrió la misma suerte del vizconde Hereford, pero la desafió. Price Devereux fué el primero y lord David el segundo, pero á veces es más difícil ser el segundo que el primero; se necesita para esto menos genio, pero más valor: el primero, entusiasmado por la innovación, puede no ver el peligro; el

(1) Nobleza.

(2) Las personas superiores al vulgo que no pertenecían á la nobleza.—(N. del T.)

segundo vé el abismo y se arroja en él. Más tarde fueron imitados, y después de esos dos revolucionarios, tuvieron muchos más la audacia de peinar el cabello, y por fin se inventaron los polvos como circunstancia atenuante.

Para fijar al paso este importante punto de la historia, debemos decir que la verdadera prioridad de la guerra á la peluca pertenece á una reina, á Cristina de Suecia, la que gastaba trajes de hombre, y se presentó en 1680 con su cabellera natural empolvada y rizada y sin ningún adorno en la cabeza. Dicha reina tenía algunos pelos en la barba, según dice Misson.

Por su parte, el Papa, por la bula de Marzo de 1694, combatía en cierto modo á la peluca, haciéndola quitar de la cabeza de los obispos y de los prelados, y mandando que las gentes de la Iglesia se dejasen crecer el cabello.

Lord David no llevaba, pues, peluca, y se ponía botas de piel de vaca. Estas cosas le atraían la admiración pública, y no había club en que no fuese el leader ni boxería donde no fuese el árbitro. Examinaba los documentos de muchos círculos de la high-life; estableció fundaciones de la elegancia, una de las que, *Lady Guinea*, existía aun en Pall Mall en 1772. *Lady Guinea* era un círculo al que pertenecía toda la joven *lordship*, en el que se jugaba. La menor puesta era de cincuenta guineas, y nunca había menos de veinte mil guineas sobre la mesa. Cerca de cada jugador había un velador para poner en él la taza de té y la fuente de madera dorada, en la que se colocaban los paquetes de guineas. Los jugadores llevaban, como los criados que les servían á su lado, mangas de cuero para resguardar los encajes y petos para preservar sus gorras; cubrían la cabeza, para preservar á los ojos de la luz vivísima de las lámparas y no deshacer el rizado del cabello, con grandes sombreros de paja cubiertos de flores. Se enmascaraban para que no fuesen visibles las emociones que el juego les producía: tenían á sus espaldas trajes puestos del revés para atraerse la suerte.

Lord David pertenecía á casi todos los clubs, que pasaremos por alto, ocupándonos de uno solo por su singularidad; del *Club de los Feos*. Este estaba dedicado á la deformidad. Al entrar prometían batirse, no por una mujer hermosa, sino por un hombre feo. La sala del club tenía por adornos retratos de hombres

contrahechos, los de Thersite, Triboulet, Duns, Hudibras y Scarron; encima de la chimenea estaba Esopo, entre dos tuerkos, Coclés y Camöens: como Coclés era tuerto del ojo izquierdo y Camöens del derecho, cada uno estaba esculpido por su parte defectuosa, y los dos perfiles, sin ojos, estaban vis á vis. El día en que la hermosa madame Visart tuvo viruelas, el Club de los Feos le dedicó un *toast* (1). Dicho club, que florecía aun al principio del siglo diez y nueve, envió el diploma de miembro honorario á Mirabeau.

Desde la restauración de Carlos II se abolieron los clubs revolucionarios. A los clubs republicanos sucedieron los monárquicos, y en ellos se divertían decentemente (2).

Lord David asistía á los *boxes*, y era su reglamento vivo. En las grandes luchas era el que hacía plantar las estacas, tender las cuerdas y fijar el número de toesas que debía tener el sitio cuadrado del combate. Si era segundo, seguía pié á pié á su boxador con una botella en una mano y una esponja en la otra y gritándole: *Strike fair* (3); le sugería astucias, le aconsejaba mientras combatía, le enjugaba cuando chorreaba sangre, le levantaba cuando caía, le ponía sobre las rodillas y le metía entre los dientes el cuello de la botella, y con su boca llena de agua le soplabá una lluvia fina en los ojos y en las orejas, que reanimaba al moribundo. Cuando lord David era árbitro, presidía para que hubiese lealtad en los golpes; prohibía á cualquiera que fuese, menos al segundo, ayudar á los combatientes; declaraba vencido al campeón que no se colocaba bien frente al adversario; vigilaba para que el tiempo de dar las vueltas no pasase de medio minuto; impedía que se pelease con la cabeza y que se golpease al hombre derribado al suelo. Esa ciencia no le convertía en pedante y no le hacía perder los modales del gran mundo.

A lord David Dirrey-Moir le gustaban con delirio las exhibiciones de las plazas públicas, las farsas al aire libre, los circos de animales raros, las barracas de saltimbanquis, los clowns, los pasquines y las ferias. El verdadero señor es el que goza con el hombre del

(1) Un brindis.

(2) Aquí suprimimos la prolja relación de los clubs extraños que describe el autor, por creer que entorpece el interés de esta obra, por otra parte ya bastante desleído.—(N. del T.)

(3) Pega firme.

pueblo, y por eso lord David frecuentaba las tabernas y la Corte de los Milagros de Londres. Con el objeto de poder, en caso necesario y sin comprometer su alta graduación en la escuadra blanca, codearse con un grumete ó con un calafate, se ponía una blusa de marino cuando iba á esos sitios. Para estas transformaciones le era muy cómodo no gastar peluca, porque hasta en tiempos de Luis XIV el pueblo conservaba el cabello como el león la melena. De este modo le era fácil transformarse, y las gentes con quienes hablaba en esos bajos sitios le estimaban. No sabían que fuese un lord, y le llamaban Tom-Jim-Jack. Con esta denominación era popular é ilustre en la crápula; se encanallaba como maestro. Había ocasiones en que apelaba á los puños: esta parte de su vida la conocía y complacía á lady Josiana.

V.

La reina Ana.

I.

Por encima de esa noble pareja estaba la reina Ana de Inglaterra.

Era una mujer cualquiera, alegre, benévola y casi augusta; ninguna de sus cualidades llegaba hasta la virtud, y ninguna de sus imperfecciones llegaba hasta el vicio. Su gordura era hinchazón, su malicia ordinaria, su bondad estúpida; era tenaz y blanda. Era esposa fiel é infiel á la par: tenía favoritos, á los que entregaba el corazón, y esposo, para el que reservaba el lecho. Era cristiana, herética y beata. Tenía una belleza: el cuello robusto de una Niobe; el resto de su persona era poco artístico. Era torpe y honradamente coqueta. Su cutis era blanco y fino, y lo enseñaba mucho. Inventó la moda del collar de perlas gruesas apretadas al cuello. Su frente era estrecha, sus labios sensuales, las mejillas carnosas, los ojos gordos, la vista corta; su miopía le llegaba al espíritu. Si se exceptúa algún relámpago de jovialidad que brotaba en ella alguna vez, y era casi tan pesado como su cólera, vivía regañando y gruñendo en silencio para sí misma, y se le escapaban palabras cuyo sentido había que adivinar. Era una mezcla de mujer buena y de malignidad diabólica. Le entusiasmaba lo inesperado, que es aun cualidad femenina. Ana era una muestra confusa de la Eva universal: á ese bos-

quejo se había encallado la casualidad del trono. Le gustaba beber. Su marido era un dinamarqués de raza.

Siendo tory, daba el gobierno á los whigs. Tenía grandes enfados; era habladora y torpe para manejar los asuntos del Estado. Dejaba caer al suelo los acontecimientos; su política estaba cascada. Quería producir grandes catástrofes con pequeñas causas: cuando le cogía un arranque de autoridad, llamaba á esto *dar el golpe del poder*.

Decía con aire de profunda meditación palabras como éstas: "Ningún par puede cubrirse ante el rey más que Courrey, barón Kinsale, par de Islandia; sería una injusticia que mi marido no fuese lord-almirante, habiéndolo sido mi padre." Y nombraba á Jorge de Dinamarca alto-almirante de Inglaterra. Transpiraba perpétuamente mal humor; no expresaba su pensamiento, lo sudaba. Tenía algo de esfinge aquella oca.

No le disgustaban ni las bromas ni las farsas hostiles, y se alegraría si pudiese lograr que Apolo fuese jorobado, pero permaneciendo dios. Siendo buena, era su ideal no desear á nadie y enfadar á todo el mundo. Su palabra era cruda con frecuencia, y si lo fuese un poco más hubiera jurado como Elisabet.

De vez en cuando sacaba del bolsillo de hombre que llevaba en las faldas una caja de plata pequeña y redonda, en cuya tapa se destacaba su retrato de perfil entre las dos letras R. A.; abría esta caja y sacaba con la punta del dedo un poco de pomada, con la que se enrojecía los labios; en cuanto se arreglaba la boca, se reía. Estaba orgullosa de ser gruesa.

Puritana más que otra cosa, no le hubiera importado, sin embargo, proporcionar espectáculos. Tuvo conatos de fundar una academia de música, copiada de la de Francia. En 1700 un francés, llamado Forteroche, quiso construir en París un circo real que costase cuatrocientas mil libras, á lo que D'Argenson se opuso; Forteroche pasó á Inglaterra é hizo esta proposición á la reina Ana, á la que sedujo al momento la idea de fundar en Londres un teatro con maquinaria mejor que el del rey de Francia y que tuviese cuatro fosos. Le gustaba, como á Luis XIV, que su carroza galopase; sus troncos recorrían algunas veces en menos de cinco cuartos de hora el trayecto que media entre Windsor y Londres.

II.

En la época de la reina Ana no se po-

dia celebrar ninguna reunión sin la autorización de los jueces de paz. Era una felonía reunirse doce personas, aunque fuese para comer ostras y para beber *porter* (1).

Bajo este reinado se apresaba á la multitud con extraña violencia, lo que prueba que el inglés, más que ciudadano, es vasallo. Hace ya bastantes siglos que el rey de Inglaterra procedía en este asunto como un tirano que desmentía todos los antiguos títulos de libertad y de franquicias, de lo que la Francia triunfaba y se indignaba; pero lo que disminuía en parte su triunfo es que, así como en Inglaterra se apresaba á los marineros, en Francia se apresaba á los soldados. En todas las grandes ciudades de Francia, cualquiera que iba por las calles á sus quehaceres estaba expuesto á ser lanzado por alistadores en una casa llamada *fours*; allí se le encerraba confundido con los demás, elegían á los que eran aptos para el servicio y los reclutadores vendían estos transeuntes á los oficiales. En 1695 había en París treinta *fours*.

Las leyes contra Irlanda, decretadas por la reina Ana, fueron atroces. Ana nació en 1664, dos años antes del incendio en Londres, y los astrólogos predijeron que siendo "la hermana mayor del fuego," sería reina. Lo fué por la gracia de la astrología y de la revolución de 1688. Se creía humillada de haber tenido por padrino á Gilbert, arzobispo de Cantorbery, pero ser ahijada del Papa no es posible en Inglaterra. Un simple primado es un padrino mediocre, pero Ana tuvo que contentarse con él, porque ella tenía la culpa; ¿por qué era protestante?

El dinamarqués pagó la virginidad de la reina Ana, *virginitas empta*, como dicen los antiguos títulos, dándola en arras seis mil doscientas cincuenta libras esterlinas de renta, dimanadas del territorio de la bailía de Wardimbourg y de la isla de Fehmarn.

Ana siguió sin convicción y por rutina las tradiciones de Guillermo. Los ingleses durante su reinado, que nació de una revolución, tenían la libertad que puede haber entre la Torre de Londres, en donde encerraba á los oradores, y la picota, en la que ponía á los escritores. Ana hablaba algo el dinamarqués para poder tener apartes con su marido, y un poco el francés para poder tener

apartes con Bolingbroke, porque la gran moda de la corte era chapurrear esta lengua. Ana se preocupaba con las monedas; sobre todo con las de cobre, que son las más ínfimas y las más populares, y la echaba de inteligente. Seis farthings (1) fueron acuñados durante su reinado. En el reverso de los tres primeros hizo poner sencillamente un trono; en el reverso del cuarto un carro de triunfo, y en el reverso del sexto una diosa que llevaba la espada en una mano y en la otra el ramo de olivo, con esta inscripción: *Bello et Pace*. Su padre Jacobo II era ingenuo y feroz, pero ella era brutal; al mismo tiempo su fondo era suave; contradicción que solo lo es en la apariencia. La cólera la metamorfoseaba. Calentad el azúcar y hervirá.

Ana era popular: la Inglaterra gusta de que reinen las mujeres. Por qué? Francia las excluye y puede ser por eso; quizás no tenga otras razones. Para los historiadores ingleses, Elisabet representa la grandeza y Ana la bondad. Sea como ellos pretenden. Pero no hay delicadeza en los reinados femeninos; sus líneas son pesadas, hay grandeza grosera y grosera bondad. En cuanto á su virtud inmaculada, la Inglaterra cree en ella, y nosotros no nos oponemos, pero Elisabet fué una virgen suavizada por Essex y Ana una esposa complicada con Bolingbroke.

III.

Los pueblos tienen la costumbre idiota de atribuir al rey lo que ellos hacen. Se baten; de quién es la gloria? del rey. Pagan; quién es magnífico? el rey; y el pueblo le ama porque es muy rico. El rey recibe de los pobres un escudo y devuelve á los pobres un liard. ¡Qué generoso es!... El coloso pedestal contempla al pigmeo que tiene encima. ¡Qué grande es! exclama; lo llevo en mis hombros. El enano tiene un medio excelente para ser más alto que el gigante, y es subírsele sobre los hombros; pero que el gigante se lo deje emplear es lo extraño, y que admire la grandeza del enano es una estupidez. Tal es la inocencia humana!

La estatua ecuestre, reservada para los reyes, representa muy bien su soberanía; el caballo es el pueblo, pero ese caballo se transfigura lentamente; al principio es un asno, al fin es un león; y entonces arroja al suelo á su ginete,

(1) Una clase de cerveza.

(1) Cuartas partes de peniques; vale un ochavo cada uno.— (N. del T.)